



NOTAS PARA UN ENSAYO DE HISTORIOSOFIA



Es necesario saber distinguir entre historia, historiografía e historiosofía. La primera es la realización de los hechos entre sí; la segunda es el relato de esos hechos, y la tercera es la enseñanza o conclusión filosófica que fluye de esos mismos hechos. En América tenemos historia y comenzamos a forjar nuestra historiografía. No podemos pensar, aún, en una historiosofía general. A lo sumo podemos hacer historiosofía de un hecho; pero son tan raros los casos en que un hecho aislado es perfectamente conocido y no hay discusiones sobre el mismo, que en verdad son muy pocos los puntos históricos que se presentan a una interpretación historiosófica indiscutible. Por otra parte, los contados hechos históricos definitivamente aclarados por la investigación y la crítica no necesitan de una interpretación especial, pues la filosofía fluye de ellos mismos en forma espontánea y evidente. A este respecto somos unos convencidos de que en América la filosofía de la historia es una ciencia prematura y que

sólo por excepción puede aplicarse a poquísimos momentos históricos.

La filosofía de la historia por lo común surge de los acontecimientos transcendentales. Las épocas de calma — si es que en realidad hubo alguna época con calma — no emanan más que olvido, pesadez, somnolencia. Donde no hay creación — es decir, lucha, muerte, triunfo — no hay ni enseñanza, ni ejemplo, ni estímulo. En realidad puede afirmarse que nada hay más cierto que aquella vieja idea de que el dolor es la única fuente de donde brota la auténtica filosofía.

No podemos hacer filosofía de la historia sin antes conocer la historia y saber cómo fué, en verdad, esa historia. Si los hechos son inciertos, las deducciones y conclusiones también lo serán.

En América sólo ahora comienza a vislumbrarse la posibilidad de hacer algún día historiosofía. Primero, porque los estudiosos empiezan a revisar el contenido de los archivos, y luego porque estamos en una época propicia para aspirar a las concepciones historiosóficas.

Cuando se producían los acontecimientos capitales de nuestra vida histórica — descubrimiento, conquista, esfuerzos de los colonizadores, independencia, inestabilidad política y organizaciones llamadas modernas y definitivas — no era posible pensar más que en anotar los sucesos como en una crónica, acumular elementos, vivir la historia dejando testimonios a los hombres del mañana. Hoy podemos atrevernos a emprender una historiosofía de la conquista y de la colonización hasta el momento de la independencia porque esas épocas están radicalmente separadas de nuestro tiempo y de nuestros problemas.

El descubrimiento de América y las gestas de la conquista nos hacen asistir a un fenómeno curioso en lo que respecta a la producción historiográfica. Esta se multiplica enormemente. Los antiguos cronistas que anotaban las andanzas de sus soberanos y los hechos más salientes, a me-

dida que se producían, enfocaron su interés en las empresas del Nuevo Mundo y escribieron la historia que para ellos era contemporánea como si se tratara de una historia de muchos años pasada. El presente era tan magnífico y transcendental que ellos lo miraban como si fuera un ayer. Los héroes adquirían la inmortalidad en vida y sus hazañas se hacían legendarias antes de pasar a la posteridad. Esto nos enseña que los hechos grandiosos se hacen históricos apenas producidos, mientras que los secundarios sólo adquieren un relieve artificial cuando los ponen en evidencia los eruditos.

En América hubo un momento que podría llamarse iluminista, de sólida cultura, en la segunda mitad del siglo XIX. Fué entonces cuando aparecieron los primeros ensayos de historiosofía, que resultó prematura porque los hechos históricos no estaban ahondados suficientemente como para que de ellos pudiese extraerse una filosofía definitiva. Aquella época fué el primer florecimiento de nuestra cultura. Si tuviéramos que señalar un segundo florecimiento indicaríamos el momento presente, notable por el entusiasmo que lo anima y que se debe, en justicia, a un pequeño grupo de hombres vivificadores; pero aún no debemos juzgar nuestro tiempo porque este juicio pertenece a los jueces que vendrán en el futuro.

Entre nosotros se advierte un principio de solidez en los estudios históricos cuando por historia americana no se entiende el período que va desde la independencia hasta el presente, sino desde las causas que determinaron el descubrimiento de América hasta la independencia. Mientras se afirmaba que el período 1492-1810 no era historia americana, sino historia de España, y que a los americanos sólo debía interesarnos lo ocurrido después de 1810, no se podía comprender el porqué de las causas y de los efectos y, menos, hacer una filosofía de la historia que no fuese un continuo error. La comprensión de que la historia es una, y, sobre todo, de que la historia de América arranca de la historia medieval europea, fué el primer paso

seguro hacia la posibilidad de intentar una historiosofía americana.

Se ha pretendido negar, con abundancia de razones, el materialismo histórico, alegando que él no reconoce el misterio del arte, de la religión, de la filosofía. Quienes así afirman deberían conocer la historia americana, sobre todo en sus períodos de menos brillo epopéyico, en los siglos XVII y XVIII. Lo que en Europa, por la intensa tradición cultural, parece absurdo, en América es lógico. Sin materialismo económico no podría explicarse toda la vida de un continente durante más de cuatro siglos. Inútil es discutir, pues lo que se arguya en contrario sólo será un sofisma.

En América el destino histórico se confunde con el destino económico. No existe un destino cultural, pues éste es un pálido y tardío reflejo del que resplandece en Europa. En el viejo mundo, en cambio, hay destinos separados y paralelos: históricos, económicos, artísticos, científicos. El materialismo histórico no puede explicarlo todo en Europa, pero sí en América.

Es preciso hacer una profunda distinción entre sociología e historiosofía. La primera estudia la posición del hombre en la sociedad; la segunda, el porqué de los movimientos del hombre. A la sociología le interesa la forma en que un hombre es considerado por otro; a la historiosofía, las causas que se desprenden de la vida de los hombres.

Sería interesante escribir un estudio crítico que demostrara la evolución de la filosofía de los errores históricos y de las leyendas históricas. La historia está llena de errores y de leyendas que han tenido y siguen teniendo una repercusión directa en la filosofía de la historia.

La historia objetiva es el único fundamento de la historiosofía. Las etapas de la perfecta historia son las siguientes: investigación, reconstrucción, enseñanza filosófica. Pretender reconstruir los hechos sin el agotamiento de las

fuentes es siempre una labor incompleta e imperfecta, y extraer enseñanzas filosóficas de un hecho mal construído, con lagunas y errores, es un esfuerzo vano y pernicioso. Un historiador puede investigar en los archivos y presentar sus hallazgos documentales, aunque incompletos, a medida que los realiza; pero no debe atreverse a reconstruir un suceso histórico si él mismo no ha agotado la investigación y no tiene la certeza de que no existen documentos que arrojen nuevas luces. Menos aún debe hacer conclusiones y enseñanzas filosóficas de hechos cuya reconstrucción no tenga la seguridad de que ha sido realizada con toda meticulosidad. Por ello estas tres labores — de investigación, de reconstrucción y de juicio — no pueden ser cumplidas por tres personas distintas, sino por un solo historiador.

No hay que dejarse sugestionar por el encanto o la comodidad de la tradición histórica. Todo juicio basado en la sola tradición no es ni objetivo, ni imparcial. Oscilará entre el odio y el rencor de los vencedores y de los vencidos, o repetirá leyendas y errores. La historia, en la mayoría de los casos, la escriben los que han sido parte en la contienda o se sienten sugestionados por las razones de una de las partes. El verdadero historiósófo, como si fuera un juez, debe elevarse por encima de los partidos y de las sugestiones, e indagar, reconstruir y juzgar fríamente, serenamente, buscando la verdad.

Ciertos pseudo-moralistas de la historia han llegado a sostener la aberración de que en historia la verdad absoluta no es necesaria, que la historia debe estar al servicio de un ideal y que por tanto no sólo no importa, sino que es conveniente, alterar los hechos históricos para que éstos sirvan de ejemplo y den la razón a la tesis sustentada. En otras palabras: si conviene demostrar que un gobernante fué un santo en vez de un monstruo, no vacilan en falsear la historia y crear un ente imaginario sobre una realidad distinta.

En historiosofía la lucha más directa es la que sostienen los partidarios de la historia-ficción y los partidarios de la historia-verdad.

En ningún caso podremos juzgar el pasado si nos empeñamos en relacionarlo con nuestro juicio presente. Quienes sostienen lo contrario puede afirmarse que nunca han sido investigadores históricos. Revivir estados de ánimo individuales y colectivos de otros tiempos es tarea imposible para el hombre de otra generación. El mundo permanece inmutable durante años y cambia, también, a cada día. Nada hay más inestable que la opinión humana. Nosotros mismos modificamos nuestros juicios en tiempos brevísimos y bajo impresiones sutilísimas. ¿Cómo juzgar, pues, en épocas distintas una vida muerta, un sistema paralizado, una civilización fenecida? Por inducciones, basándonos en resultados aislados, podremos formular un juicio hecho de retazos, que nunca será absoluto y que no sabemos si lo hubiéramos sostenido en el tiempo al cual nos referimos. La prudencia en las opiniones es lo que nunca debería abandonar a los historiósosfos y, precisamente, es lo que más falta en ellos.

No debemos pretender que el mundo de la historia se adapte al mundo de nuestro propio yo. La formación de un pasado histórico es obra de siglos, de herencias acumuladas, de hechos innumerables y de influencias infinitas que nuestro yo, nuestra cultura, nuestro juicio, sólo conocen en una millonésima parte. Pretender que nuestra conciencia puede asimilar todo un pasado es un hecho tan absurdo como si afirmáramos que es posible conocer a fondo la vida de un hombre del cual sólo conociéramos un minuto de su existencia. Es preciso desengañarse: los muertos se van con su misterio, y los tiempos pasan con sus luces y con sus sombras. De todo lo que fué sólo percibimos un brillo lejano, como el que nos manda una estrella. Los astrónomos, con ese brillo, a veces descubren los minerales que contiene la estrella, y los historiadores, con el escaso resplandor del pasado, a menudo se alumbran y marchan

seguros en cortos trechos; pero el misterio de la vida en las estrellas, y el de las almas en la historia permanece cerrado y oculto a todos los telescopios y a todas las lupas.

Los monumentos y documentos antiguos nos dan del pasado la misma visión y el mismo juicio que pueden darnos un retrato o las ropas de una persona muerta. ¿Podemos disertar, con seguridad de no equivocarnos, acerca del carácter, de los sentimientos y de las ideas de un personaje histórico con sólo ver su retrato o sus vestimentas? Nadie se atreverá a afirmarlo. Pues lo mismo nos ocurre con la contemplación de unas ruinas. Ningún resto arqueológico es suficiente para darnos una idea clara y completa del espíritu que le dió vida.

Si difícil es la reconstrucción espiritual de un pueblo cuya cultura hállese emparentada con la nuestra, más difícil aún — hasta imposible — parece — la de hombres y civilizaciones prehistóricas que ningún punto de contacto tienen con nuestro mundo actual.

En todos estos casos los arqueólogos saben que su ciencia debe ser objetiva y silenciosa: limitada a describir objetos, señalar su presencia en los lugares donde se hallen, explicar — cuando ello sea posible — su criterio funcional y separar entre sí las capas y ciclos culturales.

La labor del hombre que desentierra y reconstruye una momia no lo autoriza a reconstruir también su alma.

Lo que el hombre siente y comprende de la historia es una visión hecha con la base de los pocos retazos que ha logrado reunir armónicamente. Esa visión no es nunca el todo, sino una parte insignificante. Por esa parte podemos imaginar, sospechar el resto; pero nunca lo veremos redivivo tal cual fué en realidad.

No podemos iluminar la historia con filosofías concebidas por hombres cuya cultura, cuyo entendimiento y cuya comprensión se han formado en nuestro siglo o en un siglo posterior al de los sucesos estudiados. La historia debe ser iluminada con la luz de los documentos. El más mediocre

investigador puede destruir, a golpes de documentos, la construcción filosófica aparentemente más sólida. En síntesis podemos repetir que no es posible ahondar el pasado con imaginaciones que no estén sostenidas por una sólida y completa erudición.

Sistemáticamente debemos desconfiar de todo filósofo de la historia que no sea, a la vez, un destacado investigador.

Es falso que el hombre lleve la historia, es decir, el tiempo, el pasado, en sí mismo. Cada año, y a veces cada día, hay cambios en las concepciones, en los juicios, en las opiniones de los hombres. La noticia del descubrimiento de América transformó en un instante todas las ideas cosmográficas de los sabios de Europa y despertó hasta en el más obscuro campesino ideales nuevos que nunca nadie había concebido. La caída de un tirano, un cambio de monarquía en república y de república en monarquía, cualquier hecho que toque las opiniones o las condiciones políticas y sociológicas del pueblo, produce en innumerables personas un cambio radical en sus ideas. Lo que a millones de seres parecía lógico mientras en sus estados se hallaba establecido un régimen determinado — lo mismo tiránico que completamente liberal — dejó de parecérselo cuando fué suprimido, sin que nadie se explicara, antes y después del cambio, el porqué de sus mudanzas espirituales.

Sin ir más lejos, vemos a cada momento la extrañeza, la hilaridad que cualquier moda produce en las personas de otra generación y hasta en quienes las han usado tiempo atrás. Todo ello ocurre porque cuando una idea, un gusto, una concepción mueren, pierden su influencia, su carácter hereditario.

Podrán, en circunstancias especiales, renacer, mejor dicho, repetirse; pero muy distinto es un odio entre dos naciones o una afición por determinado juego que se prolonga durante siglos, a los que surgen en momentos espe-

ciales. Los espectáculos de gladiadores y de hombres devorados por fieras emocionaron a multitudes durante largos años. Hoy no sabemos ni qué lógica ni qué mentalidad tenían aquellos hombres, ni qué impresiones experimentaban. Aquellos estados de ánimo han muerto para siempre. Mañana podrán aparecer espectáculos semejantes; pero no podremos afirmar que las emociones de los futuros espectadores sean las mismas de los que vivían en Roma y, menos, que unas son la herencia o continuación de las otras.

Vivimos en una época en la cual las tradiciones seculares se rompen con una facilidad extrema. Esta evaporación de las antiguas herencias se debe en primer término al internacionalismo que reina en el mundo. Las fronteras y los usos que en otros tiempos separaban radicalmente a los pueblos entre sí, hoy ya no existen. Antes el mundo era un conjunto de civilizaciones y de culturas distintas y cada país tenía su fisonomía particular e inconfundible. Hoy el mundo es uno, los pueblos tienden cada vez más a asemejarse y si algo, todavía, los distingue en su psicología, no es el barniz moderno que los cubre y da a todos, por igual, una misma coloración, sino los restos del pasado nacionalismo que aun se hallan prendidos a su nuevo ropaje internacional.

Lo único cierto que puede conservar la tradición de un pueblo son los elementos folklóricos. Lo demás no puede afirmarse que no esté alterado por el tiempo, por las fantasías y por las pasiones.

Al investigador científico le produce horror el oír, como se ha dicho y todavía repiten ciertos autores, que la leyenda es un medio eficaz para comprender la historia.

Algunos autores forjan una historiosofía y una metahistoria basadas en tradiciones inseguras. De este modo lo cierto se une con lo incierto. La tradición queda reforzada, y el mito histórico, convertido en objeto histórico. Pero los pueblos no necesitan en su historia política y cultural de

semejantes fusiones de lo auténtico con lo falso, aunque estas uniones sean más convenientes a las tendencias de determinadas ideologías. Podrán defender esta historia tendenciosa, que pretende ser moral, ciertos autores partidistas. Los verdaderos historiadores no la aceptarán jamás. Los hechos históricos no pueden ni deben ser alterados porque la filosofía histórica que hoy se extrae en favor de determinada tendencia, mañana puede resultar contraria si se descubre que los hechos ciertos son los que más convienen al sostenimiento de esa misma tendencia.

Los hechos históricos tienen una continuidad; pero el sentido de esos hechos a menudo no la tiene. Por ello es siempre más seguro el conocimiento exterior de la historia que el conocimiento interior. La vida histórica puede llegar a conocerse de un modo perfecto en su desarrollo objetivo, pero no en su desarrollo subjetivo. Los filósofos de la historia consideran insuficiente el conocimiento objetivo perfecto que puede llegar a tenerse de la historia. Necesitan una historia filosófica que satisfaga más hondamente sus conciencias y sus deseos de compenetrarse con el espíritu del pasado; pero para ello los críticos contestan que es preciso basarse en leyendas y en errores y defender una tradición a menudo falsa.

El ideal sería poder desarrollar una historia filosófica paralela o sobrepuesta a la historia crítica. El paralelismo perfecto no existiría constantemente; pero en los contados casos en que el hecho fuese posible tendríamos una historia crítica firme y una historia filosófica segura.

El hombre no siente la historia en una forma inmanente. La siente cuando llega a conocerla a través de los libros. Son, por tanto, los historiadores quienes relatan la historia con un poder de resurrección más o menos grande. La forma en que la historia es revivida es lo que crea la concepción historiosófica. Si la reconstrucción histórica es exacta, el paralelo histórico también será exacto; pero si

la reconstrucción es imperfecta, la correspondiente historiosofía también lo será.

No todos los hechos son históricos a pesar de ser historia. Para que un hecho llegue a ser histórico es necesario que quienes lo han vivido o lo recuerdan le reconozcan un valor espiritual suficiente como para hacerlo perdurar en el tiempo, o sino que tenga una influencia decisiva en otros hechos. A cada instante los historiadores descubren hechos históricos olvidados cuya transcendencia fué enorme.

La conciencia histórica tiene una base — el pasado — y una proyección — el porvenir. — No puede existir la primera sin la segunda, ni la segunda sin la primera. Un pasado sin reflejos que alumbren el porvenir no es historia; sería, a lo sumo, un conjunto de hechos cronológicamente escalonados; pero en ellos no revivirá lo histórico. Asimismo toda esperanza en el futuro descansa siempre en el pasado que la sustenta.

Europa tiene sus principios históricos en el mundo cristiano forjado por Roma y surgido de la amalgama helénico-hebraica. América no puede buscar la conciencia de sí misma en ninguna civilización anterior a la que recibió de Europa. Las culturas indígenas murieron con la llegada de los conquistadores. Los contados elementos culturales autóctonos que pasaron al uso de los blancos no tienen la más mínima importancia historiosófica. Nuestro mundo histórico fué y es el occidental europeo. En este sentido la historia americana hasta ahora no ha dejado de ser una parte de la historia occidental europea. Si en esta historia occidental puede hacerse alguna división es solamente geográfica.

La historiosofía moderna que estudia el pasado para ahondar el futuro es la concepción romano cristiana de la historia. Grecia no sabía salir de la contemplación del pasado, y el pueblo hebreo no se apartaba del mesianismo. La Roma cristiana tuvo la virtud de unir el mesianismo con-

templativo y lloroso de los hebreos al sentido heroico y mitomórfico que los griegos tenían del pasado. No hay, pues, duda alguna que el cristianismo romano, o sea, el catolicismo, nos ha legado la concepción moderna del proceso de la historia que mira igualmente al pasado y al porvenir. Grecia se preocupaba de la perfección exterior, de lo humano, de lo perecedero; Israel, de lo interior, del espíritu, de lo eterno. Roma supo unir estas dos grandes ansiedades creando una teoría historiosófica que es sin duda la más perfecta y la más completa, la única que tiene un fundamento y un fin.

Indudablemente, lo histórico lleva en sí un elemento metafísico; pero este elemento no siempre se evidencia o se descubre. La memoria de los pueblos la forman los historiógrafos, y el valor metafísico de lo histórico lo descubren los historiósofos. Ningún pueblo de Europa recuerda las invasiones de Atila; pero los historiógrafos las relatan y los historiósofos aquilatan su influencia. Es evidente que la conciencia histórica e historiosófica de los pueblos ni se hereda ni se forma en ellos espontáneamente. La imponen y la mantienen los cultores del pasado.

El estudio del destino de la historia llámase escatología. El cristianismo creó la más perfecta escatología haciendo dependientes el pasado y el porvenir, es decir, las concepciones de la historia griega y hebraica.

La historiosofía nos hace sentir la sensación de que lo puramente mitológico se convierte en histórico. Críticamente, el hecho no puede ser más absurdo; pero esa sensación tiene un gran valor emocional, pues nos explica lo que la historiosofía representa en la historia.

La historia tiene puntos de partida; pero no tiene, fuera del hombre, centros ni puntos terminales. Puesta en marcha la historia, todo movimiento histórico es la continuación de otro movimiento anterior, de modo que es muy difícil precisar donde termina un movimiento y comienza

otro. Los movimientos tienen su mayor y su menor intensidad; pero la historia humana no puede ni debe tener un punto central fuera del hombre. Primero porque no se puede saber cuál será la historia del futuro; luego porque los llamados puntos centrales tienen una importancia local y relativa. Todos ellos han tenido y tendrán una enorme influencia en el mundo; pero ninguno de esos hechos puede afirmarse de un modo absoluto que representa el centro de la historia.

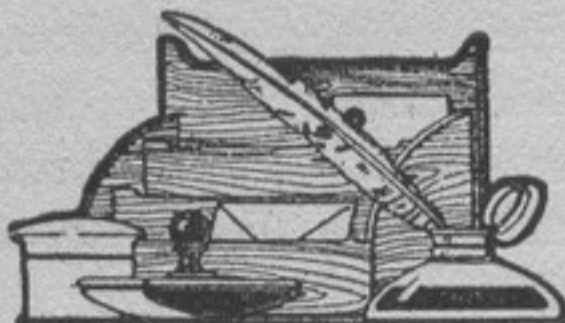
.....

.....

Nada hay más incierto ni peligroso que la memoria de los pueblos. Los pueblos recuerdan cuando los historiadores mantienen vivo un recuerdo. El tiempo altera los hechos históricos convirtiéndolos en tradición, en leyenda, en olvido. Es preciso que la labor crítica y depuradora de los historiadores no los deje morir. Lo que ha escapado a los historiadores escapa, también, a la memoria humana. Cuando un historiador descubre un hecho aislado, ese hecho, por su intermedio, puede volver a la memoria de un pueblo, a la conciencia del pueblo y hasta arraigarse en él como fuente de patriotismo.

No se concibe historia sin tiempo. Hay un tiempo histórico y un tiempo ahistórico. El tiempo ahistórico no debe confundirse con el tiempo llamado eterno, o sea, inexistente por carecer de principio y de fin. El tiempo ahistórico es el que tiene puntos terminales; pero le ha faltado, en su desarrollo, la vida humana con sus creaciones. Los pueblos tienen todos su historia. Pueblos sin historia son aquellos cuya historia no ha podido ser escrita ni recogida por los historiadores. La pérdida de la historia es la pérdida más grande que puede experimentar un pueblo, porque además de perder un trozo de su vida pasada priva a la humanidad de un punto, a veces básico, para descifrar el misterio de otras historias.

Los problemas históricos e historiosóficos son locales, continentales y mundiales. Sus influencias son mutuas. Todos se complementan y todos se explican recíprocamente. Por ello los vacíos, los períodos ahistóricos, son en la gran urdimbre de la historia y de la historiosofía universales, rupturas que nos impiden descifrar, de un modo definitivo, los hechos humanos.



E N R I Q U E D E G A N D I A